

UNA VASIJA EXCEPCIONAL DEL POBLADO IBÉRICO DE MAS BOSCÀ

Por J. MALUQUER DE MOTES

A pesar de que una buena parte de la cerámica de nuestros yacimientos prerromanos carece de los necesarios estudios monográficos, puede decirse que, en líneas generales, es bien conocida, y en sus distintos grupos ofrece una cierta uniformidad y monotonía, por lo cual es rara la aparición de hallazgos excepcionales.

Una de las especies más conocidas en nuestros poblados «ibéricos» es la cerámica gris, que aparece asociada a otras especies típicamente ibéricas durante un amplio período cronológico y mayormente en el comprendido entre mediados del siglo IV y el II a. C. (350-150). P. Bosch Gimpera la bautizó con el nombre de «cerámica gris de la costa catalana», porque en ninguna otra área peninsular o extrapeninsular, salvo en la Cataluña francesa, se halla con el volumen de nuestra zona. Últimamente al publicarse los materiales de las necrópolis ampuritanas que la presentan en abundancia, viene designándose con el nombre de «cerámica ampuritana», aunque por el momento no han sido localizados sus centros de producción.

Su origen y difusión, así como su cronología inicial, constituyen un problema que no deseamos plantear ahora. Bastará recordar que, aparte de la costa, se halla en los poblados del interior de Cataluña; que circuló también por vía marítima, como lo demuestran los hallazgos submarinos; que es mucho menos uniforme de lo que suele creerse; que existe una amplia gama de imitaciones locales; que, a pesar de su color gris, no hay nada en sus galbos que permita suponer que se trata de una tradición vinculada a la llamada cerámica gris focea, y que, por el contrario, pueden fijársele precedentes en la amplia gama de cerámicas continentales bicónicas, desde los tipos villanovianos y postvillanovianos itálicos hasta las correspondientes al mundo occidental de los campos de urnas.

Frente a la escasa variación de formas, esta cerámica ofrece una gran variabilidad en su colorido y acabado. Existen vasijas con superficie alisada brillante, untuosa al tacto; otras son porosas, gris mate. Su color

oscila de los grises amarillentos a los tonos castaños, achocolatados y negruzcos. Su técnica es perfecta, sus paredes finísimas; en casos presentan poco más de un milímetro de grosor, y en consecuencia son de una gran fragilidad.

Una de las formas más frecuentes es la vasija denominada, quizás impropriamente, bicónica, que ofrece un cuerpo inferior convexo y el superior cónico con leve labio vuelto. Una asa en forma de cinta arranca del borde para unirse verticalmente al cuerpo inferior. Una variedad

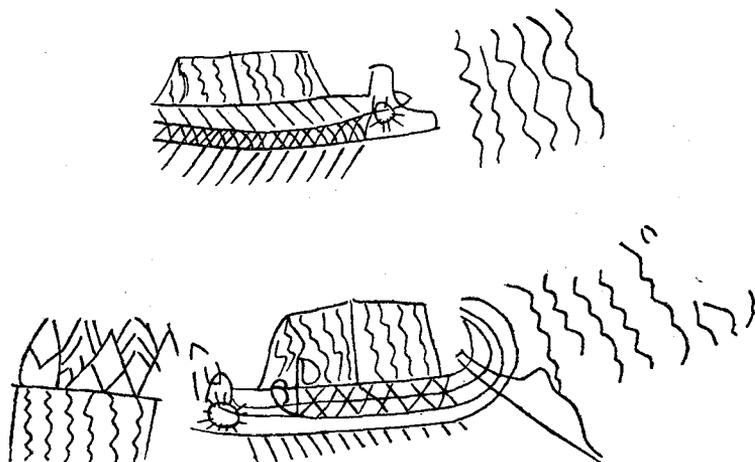


Fig. 1. — Detalle de la decoración incisa de la vasija del poblado de Mas Boschà.

menos frecuente presenta dos asas simétricas, como la vasija que nos ocupa, y existe aún una solución posterior de esa forma en la que se le añade un pie, como vemos, por ejemplo, en una copa del poblado de Sant Julià de Ramis (fig. 5).

Una de las características generales de toda esa producción gris es la sobriedad decorativa, en gran parte exclusivamente funcional, pues se limita a una o varias finas molduras que recorren horizontalmente el cuerpo superior. En algunos ejemplares aparecen asas y varios pezones equidistantes situados en la parte más saliente del cuerpo globular. Cuando las vasijas tienen dos asas, esos pezones se distribuyen en número igual a cada lado, generalmente tres. Tal es el caso de la vasija del poblado ibérico de Mas Boschà (Badalona), que nos ocupa¹ (figs. 1-3).

Se trata de una pieza anforoide bicónica, con doble asa, que arranca del borde para unirse al tronco de cono inferior. Apareció hace algunos

1. El poblado ibérico de Mas Boschà se cita a menudo en la bibliografía arqueológica, aunque es muy poco lo que se conserva y nunca ha sido objeto de una excavación sistemática. Vide *Carta Arqueológica: Barcelona* (Madrid, 1945), pág. 51. Badalona, n.º 13, con bibliografía.



Fig. 2. — Vasija anforoide procedente del poblado de Mas Boscà, con decoración grafitada. (Aprox. a 1/2 del natural.)

años en el poblado ibérico de Mas Boscà, en múltiples fragmentos, en un nivel incendiado, por lo cual unos fragmentos aparecen quemados y poseen una coloración negruzca, mientras otros conservan el color achocolatado original. A pesar de este color, por la calidad de la pasta, finísima y de gran delgadez, así como la forma, pertenecen, sin duda alguna, a las cerámicas grises a que nos hemos referido.

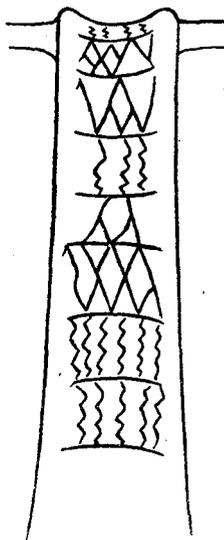


Fig. 3. — Detalle de la decoración del asa de la vasija de Mas Boscà.

Dichos fragmentos fueron presentados a nuestro Instituto por don Fernando Pascual Schmith, que los había hallado, y la vasija ha sido reconstruida en el taller del Museo Etnológico.²

La vasija poseía dos asas, una de las cuales ha sido reconstruida. Mide 109 mm. de altura y 108 de diámetro; en la boca, 120 de diámetro máximo. En la unión de ambos cuerpos posee tres pezones a cada lado, colocados simétricamente entre las asas.

Esta forma es la habitual de las vasijas bicónicas de la cerámica gris que poseen una asa. Ejemplares con dos asas no son raros, aunque menos frecuentes que aquéllos, pero incluso ejemplares con dos asas y pezones aparecen dotados de un pie, como, por ejemplo, el ejemplar del

2. Queremos dar aquí expresamente las gracias a don Fernando Pascual Schmith, por su gentileza al ofrecer esa interesante vasija al Instituto de Arqueología y Prehistoria de la Universidad de Barcelona. También queremos mencionar a don José Sancho Segura, por su hábil restauración de la pieza, así como al Director del Museo Etnológico de Barcelona, don Augusto Panyella, por las facilidades que nos ha otorgado al brindarnos la colaboración del taller del mencionado Museo. Los dibujos que reproducimos son debidos a don Antonio Bregante, del Museo Arqueológico de Barcelona.

Museo de Gerona, procedente del poblado de Sant Julià de Ramis, que reproducimos en la figura 5.

La pieza que nos ocupa posee, como casi todas sus similares, dos listeles o baquetones en relieve en el tronco de cono superior, pero su verdadera singularidad estriba en la decoración grafitada que presenta.

En la cerámica gris la presencia de decoraciones incisas es sumamente raro. Entre centenares de piezas de este tipo que hemos revisado,

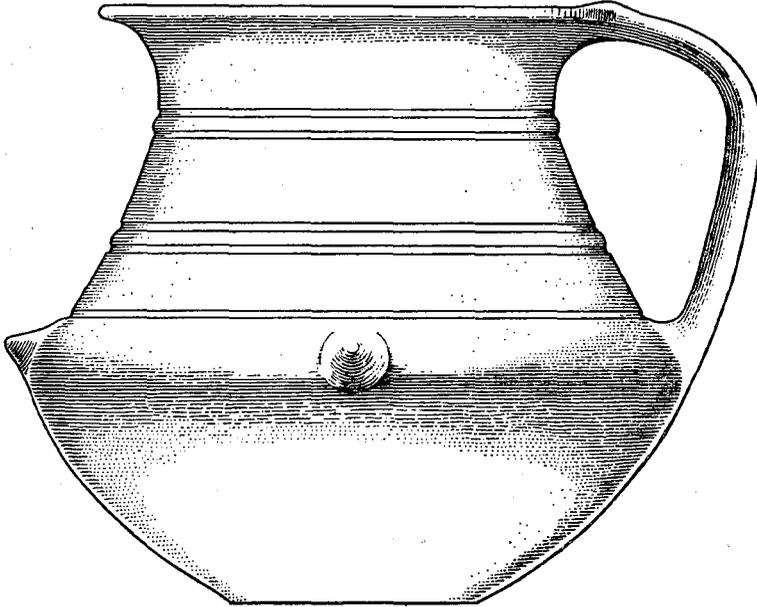


Fig. 4. — Vasija de cerámica gris, de la necrópolis de Cabrera de Mataró. (Museo Arqueológico de Barcelona.) (A 1/2 del natural.)

procedentes de Ampurias o de los poblados ibéricos catalanes, únicamente hemos podido documentar una vasija con una asa procedente de la necrópolis de Cabrera de Mataró, que reproducimos en la figura 6, que ofrece una decoración geométrica incisa, aunque mucho más tosca que la que describiremos de la vasija de Mas Boscà. En otros casos, en algún fragmento de cerámica gris aparecen temas incisos, cuyo desarrollo no ha sido estudiado, y no es raro incluso que en algún caso se hallen grafitos ibéricos sobre esta cerámica.

La vasija de Mas Boscà constituye, por el momento, una vasija excepcional que destaca entre toda la producción de cerámicas grises de Cataluña. Su misma coloración achocolatada aboga por un momento antiguo dentro de estas producciones, puesto que pueden emparentarse con la cerámica más fina de nuestros campos de urnas, y desde luego con

buen número de cerámicas etruscas de los siglos VII-VI, que ofrecen también decoraciones grafitadas. Sin embargo, hay que reconocer que nuestra pieza no puede ponerse en relación cronológica con esa cerámica etrusca, puesto que corresponde, como hemos de ver, a una época mucho más tardía.

La decoración que aparece incisa ocupa toda la banda que se desarrolla entre los dos listeles en el tronco de cono superior. También

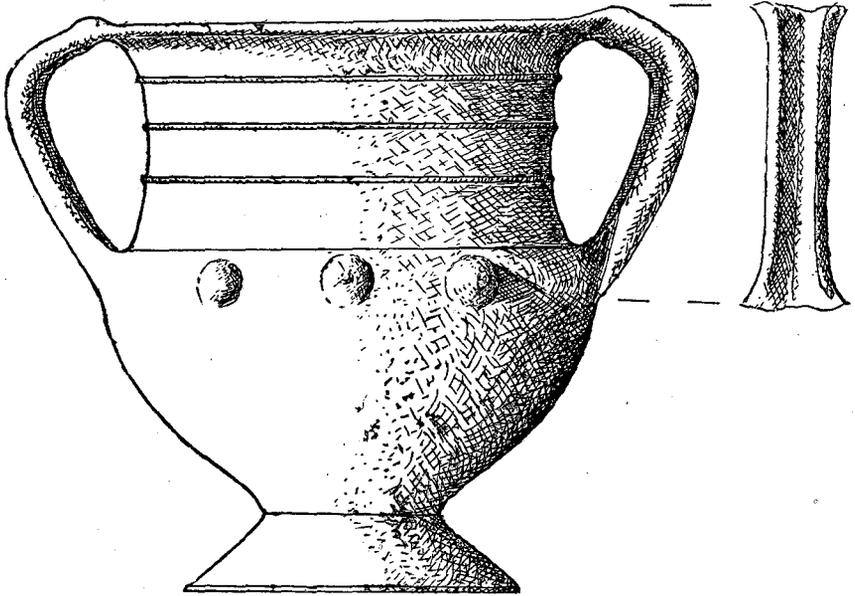


Fig. 5. — Vasija del poblado de Sant Julià de Ramis. (Museo de Gerona.)

aparece decorada la parte externa del asa. Dicha decoración tiene un gran interés, pues constituye la primera escena marítima que nos ofrece la arqueología catalana, y al propio tiempo la primera representación de un paisaje de nuestra costa.

La escena tiene un sentido unitario, y se desarrolla por debajo de las asas, aunque corresponde a cada lado una parte distinta. Quiere representarse una nave que zarpa y otra que llega al puerto (figs. 1-2).

En un lado vemos una nave hacia la izquierda, que se dirige al puerto. La costa se representa con una línea horizontal, sobre la que se levanta un ingenioso esquema de montañas constituido por triángulos, situados en planos distintos, que dan una gran impresión de profundidad. El agua, ante la costa y detrás de la nave, se representa con líneas quebradas verticales. En la parte opuesta de la vasija vemos otra nave que se dirige a alta mar, representado también por líneas quebradas. Por

debajo de esta escena, un friso decorativo de triángulos incisos encuadra el conjunto.

También aparece decorada la parte externa algo cóncava de las asas (fig. 3). En alternancia vertical aparecen los temas de mar y montaña, es decir, líneas quebradas verticales y triángulos que hallábamos en la escena propiamente dicha. Todo el dibujo aparece trazado con una incisión muy fina.

En cuanto a las naves, se representan de un modo esquemático, pero bastante realista. Tienen un mástil central con una verga que sostiene una vela cuadrada desplegada. Líneas verticales en zigzag quieren representar los pliegues de la vela. Asimismo las naves poseen remos a cada lado.

En la nave que zarpa se han representado las dos hileras de remos, una a cada lado del cuerpo de la nave. En la que se dirige al puerto, mejor conservada, se ve únicamente la línea de remos que mira al espectador.

La nave en sí está trazada mediante tres o cuatro líneas horizontales que se recurvan en alto para formar la popa. La proa, esquemática, tiende a remedar las proas de las naves griegas que nos son familiares por las representaciones de la cerámica ática de figuras negras, cuyo antecedente se veía ya en la propia cerámica geométrica del Dipylon. Es decir, recuerda aún el viejo concepto que identificaba la nave a un ser viviente. Se conserva el recuerdo del ojo de la proa, que es tratado como un círculo inciso con líneas radiales y que tiene ya la función de agujero para la cadena o sirga del ancla. La falta de un pequeño fragmento que corresponde a la proa de la nave que llega a puerto, impide interpretar un elemento en forma de bucle que aparece relacionado con la proa y que no existe en la nave que zarpa, que es mucho más esquemática, aunque ambas pertenecen al mismo tipo. Es de gran interés el tipo de timón que vemos en la nave que rinde viaje, también claramente griego.

Se trata, evidentemente, de naves griegas, y su tipo ofrece abundantes y bien conocidos paralelos en la cerámica griega y en particular en la de figuras negras. Estos paralelos, que ahora no vamos a detallar, son poco útiles para fijar la época de nuestra vasija, pues todos son bastante más antiguos.

La semejanza entre nuestra nave y las naves griegas de los siglos VI y V puede explicarse, no simplemente por el esquematismo de la representación, sino que parece responder a la persistencia durante varios siglos, en el Mediterráneo, de un tipo de nave ligera a remos y a vela, muy marinera, cuyo origen hay que atribuir a los nautas jonios y que en occidente fueron importadas por los focenses que fundaron Ampurias.

El tipo de la nave focense constituyó probablemente el modelo sobre

el que se construyeron las naves posteriores en occidente. Hemos de admitir que una ciudad como Ampurias, con su gran riqueza y su empuje comercial, poseería sin duda una importante industria de construcciones navales. Massalia también tendría sus propios astilleros, como se desprende del análisis de las fuentes históricas que se relacionan con la intervención del tonelaje masaliota en las contiendas del Mediterráneo occidental.



Fig. 6. — Cerámica gris con decoración incisa, procedente de la necrópolis de Cabrera de Mataró. (Museo Arqueológico de Barcelona.) (A 1/2 del natural.)

El carácter griego de las naves representadas en la vasija de Mas Boscà queda realzado, si lo comparamos con los tipos de naves itálicas de la misma época que parecen responder a una tradición distinta.³ Por ello mismo, no es expuesto admitir que en realidad las naves de Mas Boscà son simplemente naves ampurdanesas, y por lo mismo pueden considerarse como la primera representación marítima catalana.

Tiene también gran interés el paisaje de fondo, la costa y el grupo de montañas que a nuestro juicio quieren representar el panorama que observa un viajero que cruza ante el Maresme, es decir, entre la desembocadura del río Tordera y el Llobregat. La visión de la Sierra de

3. S. PAGLIERI, *Origine e diffusione delle navi etrusco-italiche*, en *Studi Etruschi*, xxviii, 1960, págs. 209-231.

Montnegre con el macizo del Montseny al fondo, es el panorama familiar de quien cruza por nuestra costa, y no se puede expresar de modo más esquemático y a la vez más expresivo que tal como aparece en nuestra vasija. Sin duda nos hallamos ante la primera representación de un paisaje catalán.

Las representaciones de naves son escasas en la arqueología española; concretamente, en nuestro Levante hemos de recordar las que ofrece la cerámica ibérica pintada de Liria. En el catálogo de dicha cerámica vemos tres representaciones de naves. Una, con borda alta propia para carga, es de un tipo completamente distinto a las nuestras, aunque recuerda las naves de carga griegas representadas también en la cerámica de figuras negras. Las otras dos representaciones son muy esquemáticas y se realizan mediante unos trazos planos que se ha supuesto si se trataría de embarcaciones para navegar por las aguas poco profundas de la Albufera. En realidad sus tipos de proas reflejan también el viejo concepto que asimilaba las embarcaciones a seres vivientes y eran tratadas como un animal marino. Salvo ello, nada tienen en común con las representaciones de naves griegas.⁴

En cuanto a la cronología de nuestro vaso, no habiendo sido hallado en una excavación regular, es difícil fijarla por su contexto arqueológico.⁵ Por su simple tipología, relacionada con la cerámica gris antes mencionada, conseguimos una primera aproximación, al notar que esas especies tienen una cronología amplia que abarca de la mitad del siglo IV a la mitad del II, *grosso modo*. En ese período de dos siglos el tipo anforoide bicónico con dos asas representa un tipo antiguo. La pasta achocolatada y la perfección técnica de la vasija abogan también por un momento antiguo, por lo cual creemos que sería posible admitir una cronología de finales del siglo IV a. de J. C.

Leves prospecciones realizadas en el poblado de Mas Bosca y en particular el test de la cerámica superficial recogida nos indican que este poblado, como la mayoría de los poblados ibéricos del Maresme, tiene una vida de varios siglos, que se remonta por lo menos al siglo V y que alcanza la época de la romanización. En él aparece un nivel de destrucción que en parte afectó a nuestra vasija, puesto que, como se ha dicho, unos fragmentos aparecen quemados y otros no. Si ese nivel de incendio quiere ponerse en relación con la primera época romana y concretamente con las campañas de Catón del año 195 a. J. C., la fecha de esta

4. *Corpus Vasorum Hispanorum: Liria*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1954, pág. 125, n.º 636, 637 y 638.

5. En realidad la pasta de nuestra vasija ofrece gran semejanza con la cerámica de impasto etrusca, que muchas veces ofrece también decoración grafitada. Esos vasos etruscos presentan en general una temática de acuerdo con la moda orientalizante del siglo VII y parte del VI. En ningún caso vemos una escena tan natural como la nuestra.

vasija sería más antigua, puesto que parece seguro que se hallaba en uso en una vivienda, en el momento de formarse el estrato incendiado. Sin embargo, se ha abusado muchísimo de los datos históricos para fijar la cronología de los estratos incendiados de nuestros poblados. En ellos los incendios eran muy frecuentes, y no es preciso atribuirlos a las tropas de Catón, cuando no existan otros argumentos para señalar la época precisa de la formación del estrato.

Que en el siglo iv hubo un período de inquietud que se reflejó en numerosas destrucciones en poblados ibéricos, es un hecho comprobado por el abandono de muchos núcleos de población, y está atestiguado por el análisis de sus restos arqueológicos. Éste no es el caso de Mas Boscà, donde la presencia de cerámica campaniense muestra que pervivió por lo menos hasta el siglo ii a. J. C.

Por consiguiente, queda incierta la época precisa que pueda atribuirse a nuestro vaso. Aunque personalmente nos inclinamos a situarlo aún en el siglo iv, con los datos actuales podemos admitir también que pueda corresponder al siglo iii. En todo caso, cuando se conozca mejor la evolución de la cerámica gris y se puedan marcar las diferencias entre la cerámica importada y la que procede de sus centros primarios y de sus imitaciones, podrá fijarse la cronología del vaso con mayor precisión, y con ello tener la fecha de las primeras representaciones de naves catalanas.



Vasija anforoide del poblado ibérico de Mas Boscà (Badalona, Barcelona).



Detalles de la decoración incisa de la vasija del poblado de Mas Boscà
(Badalona, Barcelona).